

## **VEGA DEL CODORNO (Los Eustaquios, los Perales y el Perchel)**

¡Qué decir de este lugar! Maravillosa la estampa que divisas cuando has subido el puerto en dirección al nacimiento del Cuervo y en el valle, no muy angosto pero sempiterno, observas el caserío, partido, en barrios, como aldeas enganchadas, al lado de una cueva que da nombre al barrio más conocido, sin que los Eustaquios te inciten a su recorrido, pues el puente te separa de uno, tal cual los Perales y al otro lado, el Perchel. Es lo que en municipio se llama Vega del Codorno, por su río, por su vega, por su historia.

Son seis o siete, según se vea –antes ocho- los barrios que llaman a su visita. Arriba, en un alto, la Cueva de la Vega, la que primera recibiese a propietarios en esa Edad del Bronce y esos trozos de cerámica que te dan la prueba. Sin que el tiempo pase, un lienzo desdentado y con piedras de muralla, al lado de su cerrito quiere marcar su primitivo poblamiento que, sin más tiempo para conocerlo, ya nos ha conducido a la repoblación del siglo XIII cuando el rey Alfonso VIII, en documento fechado de 1180, cambia la Vega del Codorno, que por tanto ya existe, por la villa de Salcedo a un tal Nuño Sánchez.

Este lugar era habitado por pastores cuyos ganados abastecían los pastos que por allí abundaban. Dependiente de Tragacete fue tierra de los Albornoz y, en algún caso, parte de sus montes, del alfoz o Concejo de Cuenca, pues bien se decía en sus documentos: “que no se labren por sí ni por otros.” Lugar de codornices, te hace el apelativo donde los numerosos chozos de pastoreo dan nombre a eso de la Vega y luego, del Codorno. Sin embargo, los investigadores dudan del apelativo y tal vez lo fuera, como consecuencia de su cueva y poblamiento primitivo, pues Codorno puede venir de cobuerno, covachuela, cobavuela o cobuérceno, pudiendo ser más de “cueva” que de “codorniz”.

Cierto es que sus pertenencias bailaron de señorío en señorío, pues doña María de Albornoz, su dueña en el XV la transmitió por matrimonios y dotes a la casa de los Hurtado de Mendoza, en este caso, a manos de don Juan, junto a las posesiones de Tragacete y Valdemeca.

Pero, de una u otra manera, este bello paraje de abundantes pinadas, de buena leña, aguas en abundancia para pastos en época de trashumancia, fue siempre muy apreciado por los corregidores de Cuenca capital, quienes explotaron sus ganancias por tiempo y forma, tanto, que en documentos nos advierten de su prestancia, “el concejo de Cuenca tiene la heredad llamada del Codorno, dividida en ocho quintos, arrendandos a diversas personas, y el conjunto de la heredad se compone de lo que se llama Vega del Codorno.”

Así, en ese siglo XVIII los llamados ocho quintos son: el Llano de Santa María, la Oya u Hoya de las Yeguas, el de los Rincones, la Herrería Vieja, Pino Chaparro, Fuente Lajo, los Baljugosos y los Mulatones. Entre sus pastos, unas treinta y nueve mil seiscientas cabezas de buen ganado merino pastaba, algunos propiedad de la familia pero entre los arrendadores de estos lugares, destacaba Doña Manuela Cortés, vecina de Molina de Aragón, aquella buena señora que durante bastante tiempo tuvo en marcha la Herrería que tanto abasteció a los talleres de forja de la Sierra, trayendo el buen hierro de la Cueva.

En tiempos, otra herrería le hizo sana competencia, pues construída en el Quintillo por Joaquín de la Sierra, abasteció a la Real Fábrica de Lata de Salobre de la Sierra de Alcaraz.

La Vega, se independiza en el siglo XX, concretamente pueblo con término municipal desde 1925, y mantiene su Dehesa del Vasallo, sus ocho barrios que ahora lo conforman: El Collado, los Demetrios, los Eustaquios, el Molino, los Perales, el Perchel, el Tío Miguelete y el Barrio de la Cueva. Su iglesia dedicada a la Virgen de los Dolores, sencilla, humilde, con mampostería pobre y algunos sillares en las esquinas, está enaltecida por su espadaña como símbolo de devoción constructiva.

En el recuerdo, aquellos barrios de antaño, que arrinconaron prestancia en su gente, dedicados a la madera y al pastoreo y que, ahora, guardan la añoranza, tal cual, Las Chorreras, el Gregoriote y el Puntal; pero que en turismo apreciado nos lleva el camino hasta la Tobilla, o en ese Centro de Interpretación que alberga la Herrería, sin dejar de lado, su Cueva, la que cumple, año tras año, esa excelencia de su Belén Viviente.

Desde el año 1967, los propios vecinos de este lugar, barrio a barrio, hacen su Auto Sacramental escrito por Carmen Conde, apoyado por ese grupo en el que estaba el párroco D. Eugenio -que aún vive-, el secretario Eduardo y Blas Cardo como alcalde, -ambos fallecidos- y en el recuerdo, al unísono de los preparativos de Ana, de Blas con la iluminación, Eugenio ayudando a llevar el boj que oree el lugar de la Cueva, el crepitar de la hoguera donde se asarán las patatas y cuyo humo ambientará la casa del Belén. patatas y vino, ¡qué buena armonía!. Aún recuerdo cuando en la cueva de la Zarza de Cuenca se celebró una representación. Varias generaciones que sirvieron su papel: pastores, reyes, Virgen, San José, el niño, gracias a los niños del colegio y sus maestras, haciendo historia en tiempos modernos, al uso de esos villancicos ancestrales, de blanco, ante la paja que alimenta el suelo, la tenue luz, sus semblantes bien perfilados y entonando eso de:

“Ha de parir un chiquillo,  
/ rubio, blanco y encarnado  
/ y ha de ser mi pastorcillo  
/ para guardar mi ganado,  
/ y a la noche cuando venga  
/ ha de tener su guisado,  
/ un plato de picatostes  
/ y un jarro de vino blanco,  
/ y una cama de colchones  
/ para si viene cansado.”